

LA REVISTA BLANCA

PUBLICACIÓN QUINCENAL

DE

SOCIOLOGÍA, CIENCIAS Y ARTES

SUMARIO

Satisfacciones propias, por la Redacción.

SOCIOLOGÍA: *Ideas nuevas*, por Federico Urales.—*La eterna lucha*, por Soledad Gustavo.—*Lo que queremos*, por A. Galcerán.—*La renta de la tierra*, por Donato Luben.

CIENCIA Y ARTE: *Ciencia y Socialismo*, por Dr. Boudin.—*Fisiología*, por Dr. Fernando Lagrange, traducción de Ricardo Rubio.—*Cuentos de Amor*, por Un trimardieur.

SECCIÓN LIBRE: *Emilio Zola*, por Vicente García.—*El Jesuitismo*, por Mariano Valcarcel.—*Lo que salga*, por Pablo Abascal.

TRIBUNA DEL OBRERO: *Entre amigos*, por María Rodríguez y Clavijo.—*Carta abierta*, por Sebastián Suñé.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA.

ADMINISTRACIÓN

8, PONZANO, 8
MADRID

REVISTA DE LA ALTA

DE LA ALTA
DE LA ALTA
DE LA ALTA


SUMARIO

El problema de la moralidad en la vida social
El problema de la moralidad en la vida social
El problema de la moralidad en la vida social
El problema de la moralidad en la vida social
El problema de la moralidad en la vida social
El problema de la moralidad en la vida social
El problema de la moralidad en la vida social
El problema de la moralidad en la vida social
El problema de la moralidad en la vida social
El problema de la moralidad en la vida social

Imp. de B. Rodríguez: Palma Alta, 55 duplicado.—Madrid.



No
mal; t
respec
Se,
ca con
fechos
le, pa
acusa
vidia,
perso
Mu
dijera
amor
Pe
que n
que n
solida
nosot
«L
hijos
Su
cho e
demo
facci
nuest
L
que l
abrin
nen l
virtu
[L
rar n
L



SATISFACCIONES PROPIAS

No daríamos importancia á lo que de LA REVISTA BLANCA se dijera si fuera en mal; tampoco hemos de darla á lo que se diga en bien. Igual parecer sustentamos respecto las personas que componen la Redacción.

Seguros de haber cumplido *siempre* con nuestros deberes, así en la vida pública como en la privada, si es que eso de tener dos vidas haya de admitirse, y satisfechos de nuestra propia obra, la mayor satisfacción que al hombre puede caberle, pasaríamos con la cabeza levantada y mirando de frente por entre nuestros acusadores, si los tuviéramos, riéndonos interiormente de la ineficacia que la envidia, el odio y la preocupación, tendrían aplicados á nuestros actos y á nuestras personas.

Muchas y buenas cosas se han dicho de LA REVISTA BLANCA. Mentiríamos si dijéramos que no nos han halagado y que no han sido parte al entusiasmo y al amor que sentimos por nuestra publicación.

Pero reunidas todas las alabanzas que la prensa ha prodigado á esta Revista; que no son pocas y que nosotros hemos apreciado en lo que valen, con las otras que nos han escrito amigos y desconocidos, también amigos para los efectos de la solidaridad si hubiesen de necesitar la nuestra, no valen tanto, á lo menos para nosotros, como eso que se nos ha escrito desde un pueblo de Cataluña:

«Los padres de aquí compran LA REVISTA BLANCA para educar, con ella, á sus hijos.»

Sublime efecto de gozo y de orgullo, de orgullo noble y de gozo puro han hecho en nosotros estas palabras. Tan grande y hondo ha sido el placer que no podemos resistir al deseo ardiente que sentimos de escribir algo que sirva de satisfacción propia echando de lado los propósitos que teníamos de no ocuparnos de nuestra obra, porque nos parecía que era ocuparnos de nosotros mismos.

LA REVISTA BLANCA nos ha proporcionado una de las mayores satisfacciones que hemos sentido durante nuestra vida y venciendo rancias preocupaciones, abrimos las puertas al entusiasmo para que el corazón y el cerebro se expandan libres de los convencionalismos á que los sujeta una falsa educación y una virtud falsa.

¡Educar á la próxima generación! ¿A qué más digno y grande podíamos aspirar nosotros?

Lo decíamos en nuestro primer artículo. Deseamos llevar á la conciencia de la

masa las concepciones de los individuos al objeto de que no sea tanta la distancia que separa á la humanidad de los hombres superiores. Esto es lo que nos propusimos con la publicación de LA REVISTA BLANCA. Hemos alcanzado más; hemos alcanzado que los padres la adquieran para elaborar la conciencia de sus hijos.

Es lo que más se ama.

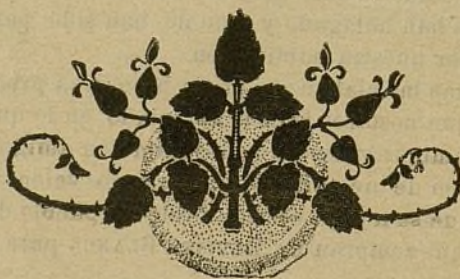
Proporcionándoles LA REVISTA BLANCA se da á nuestra publicación un valor inapreciable. No lo tiene para el padre lo que puede beneficiar al hijo.

Al hombre más cruel enternece una caricia del fruto de su amor; la mujer más desgraciada se siente digna al ser madre. Para el hijo de nuestras entrañas deseamos lo mejor, lo más santo y lo que más cuesta.

Nada de extraño tiene, pues, que, estimándolo en mucho, hayamos pasado en silencio lo que de esta Revista ha dicho la prensa y no hayamos podido hacer lo mismo con el destino que le dan los padres de Arenys de Mar.

Gratas satisfacciones se sienten después de haber realizado una buena acción. De la nuestra seríamos indignos si dijéramos no estar lo suficiente bien pagados. Esta moneda lo paga todo y todo lo recompensa. De su obra está satisfecha

LA REDACCIÓN.





SOCIOLOGÍA

IDEAS NUEVAS

Sino es posible definir las fuerzas y las circunstancias que concurren en la formación de los caracteres, tampoco puede explicarse como se constituyen las doctrinas que aquellos conciben.

Sucede en los cerebros lo que en los espacios siderales. Allí continuamente se forman nuevas ideas; aquí nuevos mundos. De vida más larga que las ideas, sufren las mismas evoluciones. Organismos que obedecen á una misma ley aún viviendo independientes lo son el hombre, la sociedad, la planta y la tierra con arterias, estómago, pulmones é intestinos. El tiempo de vida que tienen marcado en el libro de la naturaleza, divídese en períodos claramente clasificados y en edades marcadas con asombrosa precisión. Se forma, embriogenia; se nace, desarrollo; se muere, decadencia. Y dentro de cada uno de estos periodos hay un sin fin de divisiones que establecen estados secundarios del organismo.

Estruendo horrible de pasiones y de ideas anunció la entrada al presente siglo. ¡Qué de convulsiones geológicas debieron anunciar la entrada de la tierra al período que representa igual estado! Preguntad á un biólogo por las revoluciones que el feto ejecuta en el ovario.

La revolución política que tan prematuramente iniciara Cromwell y á la que más tarde los enciclopedistas dieron forma, acabó con Gambetta.

¿Quién inició la revolución económica? Para ésta son las germanías y los gremios lo que para la otra fué el revolucionario inglés; su nebulosa.

Rousseau sintió algo; lo que no sintieron los honorables rojos del 93; pero Rousseau era un filántropo, no un socialista. Más que conocía, presentía las ideas nuevas.

Indudablemente, Proudhon tuvo un precursor como lo tuvieron en él Bouknine y Marx, y este precursor puede muy bien llamarse Saint-Simon, Cabet, Fourier, sublimes utopistas á quienes comparan, con grave falta al sentido común

y á la lógica, los defensores de la actual sociedad cuando quieren combatir al socialismo militante, sin comprender que lleva muchos lustros de purificación y sin atinar que, como todo organismo, continuamente expulsa las *substancias* nocivas á su bondad.

¡Váyase á saber en qué cerebro adquirió forma la revolución económica!

Así como toda la sangre de un organismo afluye en el órgano que por su mayor actividad necesita más fuerza, así también las doctrinas activas, pues las hay de pasivas, llaman á las influencias superiores y les demandan argumentos en su defensa. Al fin y al cabo la fuerza cerebral, como la muscular, como la mecánica, no es más que el resultado de una energía.

La sociología moderna ó la sociología propiamente dicha, vino al mundo con Proudhon, pero la historia del socialismo empieza con Boukunine y Marx. Antes la idea podía perderse en el campo inmenso de la especulación, como en él se habían perdido la «República» de Platón y la de Fourier. Después, cuando fué una fuerza popular, cuando millares de trabajadores se congregaban guiados por los dos colosos, hubo de ser tenida en cuenta por políticos é historiadores. Proudhon fué un genio. Boukunine y Marx fueron, á más de genios, agitadores. Por eso la historia del socialismo empieza con ellos.

Pero había de suceder en sociología lo que ha sucedido en todas las ciencias: que cuanto más se estudian y definen más se subdividen.

La Química, ciencia relativamente moderna, no es ya una ciencia, es madre de muchas ciencias tan grandes por sí solas como antes lo era aquella. En Física pasa lo mismo; otro tanto sucede en Medicina. Cada ciencia tiene hoy cien especialidades y millares de especialistas. Y los que vendrán, á medida que la instrucción se generalice.

Boukunine y Marx, que fueron más que partidarios de una doctrina, la doctrina misma, se dividieron y dividieron á la doctrina. Aquellas dos naturalezas diametralmente opuestas, no podían pensar ni sentir de igual manera. Hoy la sociología define lo que es socialismo ácrata y lo que es socialismo demócrata, por lo que fueron sus creadores.

Amante del orden el uno, quiere encauzar la revolución y llevarla á la posesión del Estado.

Revolucionario el otro, quiere destruir el Estado al objeto de que la iniciativa individual pueda desarrollarse y manifestarse libremente. Al grito de, constituirán la nueva sociedad colectividades de trabajadores libremente afederados, contestó Marx, que el Estado había de ser el administrador del patrimonio nacional.

«El individuo obtendrá el producto íntegro de su trabajo. No; se le remunerará de modo equitativo.»

«La tierra y sus productos para la colectividad decía Boukunine. No, contestaba Marx, la tierra para el Estado; el individuo obtendrá beneficios equivalentes al trabajo que ejecute».

¿Para qué exponer los argumentos que uno y otro exponían en defensa de su tesis, si nuevos estudios han modificado en gran manera el criterio de aquellos dos agitadores? Ni el producto íntegro del trabajador es, en nuestros días base del socialismo ácrata, ni la remuneración equivalente constituye el nervio del socialismo demócrata. Salvo raras excepciones los socialistas militantes, de uno y otro

bando, defienden el comunismo, sólo que los autoritarios quieren una entidad administrativa, llámase Estado ú otra cosa, y los socialistas anarquistas, confiando en las buenas condiciones del hombre, esperan dejarlo libre de tutores administrativos.

Y conviene aclarar aquí para que los sabios que hemos convenido en llamar burgueses no digan más tonterías cuando tratan esta materia completamente desconocida para ellos, que el comunismo de que se trata no se aplica á los individuos, sí, á la tierra, á sus productos y á los del hombre. A éste se le deja libre, de vivir como le plazca. Ese comunismo han de combatir quienes intenten llevar la contra al socialismo militante. No á uno que solo existe en su mente perezosa. Lo demás es hacer el tonto ó serlo de veras. Tienen la tormenta encima y ni están enterados de los elementos que la provocan, ni de lo que pretende.

Anhela el socialismo demócrata que el individuo entregue al Estado ó á los administradores del patrimonio común, el producto de un trabajo reglamentado en relación con la edad y las fuerzas de cada uno. Quiere el socialismo ácrata que lo que el individuo libremente produzca, lo ofrezca á la comunidad obteniendo de ella aquello que bien le parezca. Como se ve, distínguese un sistema del otro por la ausencia absoluta de autoridad en uno, y por la presencia de reglamentos y de administradores en otro.

Fian los anarquistas en el trabajo libre creyendo que, sea cual fuere el resultado, la producción superará al consumo.

No fian en la libre producción los demócratas y quieren reglamentar el trabajo.

¿A qué poner trabas á la naturaleza humana si de todo sobraré? exclaman los sucesores de Boukunine. Y á esta exclamación los demócratas de Marx dicen que el hombre no es lo suficiente perfecto para cumplir con sus deberes libremente.

Entra aquí en parte no secundaria la psicología del individuo. Es la eterna lucha entre optimistas y pesimistas.

—Yo creo en la bondad del hombre; por consiguiente lo dejo libre de sus actos.

—Pues yo lo creo merecedor de condiciones.

—Cumpliría estas condiciones sin su bondad... Pero no es cuestión de discutir.

Heme propuesto exponer los caracteres especiales de cada uno de los dos partidos socialistas, los únicos que pueden llamarse tales.

Los cerebros individualistas, independientes, enemigos de toda obligación y del trabajo organizado, se declaran por la acracia. A este campo militan los primeros artistas franceses é italianos con Mirbeau y Zola á la cabeza; los dramaturgos y novelistas del Norte en cuya primera fila figuran Ibsen y Tolstoí. Sus pensadores se llaman Krapotkine, Reclus, Grave; sus oradores, Faure, Tarrida, Perry; sus hombres de acción Malatesta, Malato, Merlino.

Por la democracia optan los metódicos, los ordenados y los que no consideran al hombre bueno para regirse por el sentimiento de la solidaridad y por el conocimiento del deber.

No tienen artistas. Estos siempre han huido del método; pero tienen estadis-

tas y filósofos y oradores. Se llaman Ferri, Delembek, Singer, Guesde, Jaurés Iglesias.

La doctrina ácrata es sencillísima. Se reduce á criar al hombre con todos los atributos y pasiones propias de su naturaleza, pero de una naturaleza sana, exenta de miasmas sociales, asegurarle la vida y después... dejarlo libre. Cumplirá sus deberes por sí mismo, unos deberes que más que deberes son necesidades orgánicas. A ellas queda reducido el problema de la vida en una sociedad justa y natural.

La doctrina demócrata se presenta algo más complicada. Hay en ella un engranaje. Es la última frase del principio de autoridad y persiste, aunque débilmente, la lucha entre el individuo y el Estado, entre la autoridad y la libertad. Legislación supone complicación.

De todas maneras que la humanidad vuelve á la naturaleza y que vuelve con los beneficios materiales que le ha legado el progreso, no admite duda. Pasará ó no por la democracia socialista según los países y según la psicología de cada nación. (1)

FEDERICO URALES

LA ETERNA LUCHA

Entre el sistema filosófico que defiende, que todo lo que existe es lo mejor posible y el que tiene por fundamento la creencia en la perversión de la naturaleza humana, hay un abismo insondable, abismo que no puede salvarse así como así.

Los que dicen que el pesimismo es un mal moderno están en un error. En todo tiempo ha habido pesimistas, como en todo tiempo ha existido la antítesis del pesimismo. Ambos á dos son contemporáneos de la humanidad, pues la lucha entre pesimistas y optimistas es vieja, tan vieja que se remonta á la era gentilica, según lo acreditan los estóicos, Platón, Aristóteles, el mismo Séneca con su filosofía optimista y los pitagóricos cuando dan al griego la supremacía de orden, belleza, perfectibilidad en la combinación y complicación del cosmos.

Los gritos de desesperación que han atravesado los siglos dando idea de lo que es el dolor universal, han ido acompañados de la fé y de la confianza en un ideal de redención más ó menos lejano, más ó menos soñador, más ó menos utópico.

Ni los estóicos, ni Platón, ni Descartes, ni Leibnitz, ni Rousseau, ni Schopenhauer, ni cuantos se han ocupado de la filosofía del sentimiento han conseguido dar una definición positiva del mal existente en las causas naturales del universo. Y es que confúndense los primeros con los segundos agitados por las evoluciones del pensamiento, por la mágica atracción de la idea y por los encantos sublimes del poeta, por las plasticidades del artista, por los estertores del mártir.

La calamidad mayor que puede asolar á un pueblo, á una sociedad, á una generación, es la de que crean los individuos que lo componen en que vamos irremisiblemente por el camino de la perdición, que después de lo que nos sucede sólo

(1) Aunque disconformes en pequeños detalles de fondo con el trabajo de nuestro querido compañero, lo insertamos en esta sección. (Nota de la Redacción.)

es posible un desquiciamiento en la mecánica terrestre cuya fuerza impulsora nos precipite en el caos insondable del no ser.

Yo que soy el optimismo andando, que creo en la bondad de todas las iniciativas baste sean grandes y abarquen ideales sublimes; que miro en lontananza sonreír el porvenir aunque mi presente sea muy poco halagüeño; que sueño beatíficamente en la consecución de ver implantado mi bello ideal, por quien he gozado, he soñado, he amado, he vivido; que amo la filosofía que representa la afirmación de la perfección natural; que me entusiasmo por el arte que nos da el sentimiento de la belleza en la justicia y en la verdad; que siento efluvios de infinita ternura por cuanto lo representa en forma, en espíritu, en idea; que quiero, en fin, que todos los objetos y seres que me rodéen conspiren continuamente á favor de belleza tanta, no puedo sufrir á los hombres prudentes y sensatos que todo lo miran bajo un prisma desconsolador: creo sería capaz de odiarlos atrocemente. En esos tiempos de completo indiferentismo ¿qué sería del hombre sin la fé en un ideal, sin la idea de que el ser humano camina indefinidamente hácia su perfección!

Yo no creo en Dios, pero creo en la bondad humana, creo en la rectitud de una causa equitativa y justa y creo en el progreso. Y esta creencia mía que se extiende por todo el campo de los que sienten hondo y piensan más hondo aún ha de hacer que, así como entre el calor del putrilago romano, nutrió el naciente Cristianismo sus—entonces—altas virtudes, bien como entre el estiércol del nido crecen inmaculadas albas palomas, levantarase majestuosa, endiosadamente sublime de entre las ruinas de esa sociedad, la idea libertadora fecundada por los espíritus fortalecidos tras tantas y tantas generaciones que sufrieron los vejámenes de la fuerza y en pos de un ideal caminaron serenos, altivos, dignos hácia la tierra de promisión.

La lucha eterna de esas dos fuerzas radicales antagonistas, la luz y la sombra, el bien y el mal que constituyeron la metafísica de los pueblos antiguos, cesará indudablemente cuando el ser humano esté más en contacto con la naturaleza; esto es, cuando haya lanzado lejos de sí el pus de las generaciones en que vivió esclavo, se vió vejado y oprimido y nunca fué considerado como parte integrante de la naturaleza misma.

SOLEDAD GUSTAVO.

Lo que queremos.

No hace muchos años se decía de los partidarios de la nueva sociedad que era gente perdida y con pocos hábitos de trabajo. Los soldados del socialismo al sentir del vulgo habían imaginado vivir sin trabajar y para no tener molestia ni las que causan la familia querían. Enemigos de todo, porque todo les recordaba aquello de «ganarás el pan con el sudor de tu frente», nada respetaban. No sólo querían acabar con la propiedad; la moral era también objeto de sus ataques. Enamorados del instinto brutal de la bestia, la conciencia era una preocupación como otra cualquiera y un estorbo para las satisfacciones materiales. En fin, era tal el con-

cepto que de los socialistas se tenía formado, que se les negaba consideraciones y respetos que no se negaban á las bestias, diciéndose de nosotros lo que de las fieras: que todos los medios eran buenos para exterminarnos.

Los Estados, con sus medios de fuerza, tomaron parte en esta contienda y se dictaron persecuciones contra los perdidos que sólo para vivir sin trabajar eran enemigos de los burgueses y del orden social.

No por eso el socialismo dejó de ganar terreno entre las inteligencias cultas adquiriendo cerebros de primer orden y produciendo obras de fama universal. La idea nueva se manifestaba en las luchas del pensamiento con tanta ó más potencia que en las luchas económicas.

Los hartos empezaron á temerla; los intelectos á estudiarla; todos, á darle el derecho de beligerancia.

Un paso: de criminales llegamos á iluminados sin dejar de ser utópicos. El cambio era favorable. Dióse en ver entre nosotros á gente extremadamente honrada, de intachable conducta que había hecho un apostolado de la propaganda y de las costumbres un espejo sin mancha que podía servir de ejemplo á las reputaciones más encumbradas con que se adornaba la sociedad vieja. Se llevó á las columnas de la prensa con respeto y consideraciones nombres de poetas, de sabios y de sociólogos partidarios de la nueva sociedad y que habían hecho de los mejores personajes de sus obras adalides de sus concepciones revolucionarias.

Se publicaron periódicos, revistas, folletos, novelas, poemas, dramas que el público leía ya sin espanto y la opinión se preguntó ¿qué es eso? ¿Qué quiere esa doctrina que tiene poetas y sabios y genios y héroes y mártires?

Se había abierto brecha en la conciencia universal; la pregunta obtuvo cumplida respuesta: queremos que cese el imperio de la fuerza; las facultades humanas han de ser libres, como las de los otros animales; el hombre es un productor voluntario: piensa sin mandatos, ama sin mandatos, se reproduce sin mandatos: cumplirá sus deberes sin mandatos también.

Queremos que la tierra sea de todos igualmente necesaria á la vida de los animales, como lo es el sol y el aire y el agua. Hay agua para todos, hay aire para todos, hay sol para todos ¿cómo no haber tierra para todos? Cómo no producir lo suficiente para todos?

Sobre estas dos grandes bases apoyarse la sociedad futura: una, la libertad; otra, la igualdad. Resuelven ellas una infinidad de problemas que nos parecen irresolubles.

Los que tienen por causa la miseria, que son infinitos; los que nacen de la falta de higiene, que son muchos también; los que tienen por origen la falta de educación, que no son pocos; los que produce la arbitrariedad, la explotación, las leyes coercitivas.

No faltarán las nuestras. Por cada una expondremos cien. Auguramos convencer á cualquiera de que es posible la igualdad económica y la libertad política, no ésta que tiene su medida en la igualdad ante la ley, sino aquella otra que sólo tiene por límite la libertad ajena.

A. GALCERÁN

LA RENTA DE LA TIERRA

Es principio económico incuestionable que los *agentes naturales*, sean ó no apropiables, són gratuitos: la tierra es un agente natural, luego debe sernos gratuito.

Este silogismo es inconcuso, asume en sí una lógica irrefragable.

Los que explotando en su provecho exclusivo las fuerzas naturales que radican en toda propiedad territorial, en los montes, como en los valles, en las minas como en los ríos, aseveran — para justificar el injusto monopolio por ellos ejercido — que no son explotadores injustos, en el mero hecho de que no explotan las fuerzas del trabajo proletario, sino que, únicamente, se apropian la labor productiva debida á los agentes naturales, que actúan y coexisten en toda propiedad territorial apropiable, agitándose en un círculo vicioso, caen en el más craso de los contrasentidos, pues que ellos mismos demuestran, al hacer tales afirmaciones, que indebidamente se apoderan y benefician de las creadoras fuerzas naturales, cuyo usufructo corresponde de hecho á toda la Humanidad.

Porque, si como está irrefutablemente demostrado, la tierra, como el calor solar y el aire, es un agente natural, debe sernos de disfrute gratuito á todos los hombres y nadie tiene legítimo derecho — á pesar de las leyes hoy en vigencia — á la apropiación y secuestración privativa de los grandes elementos de bienestar y riqueza que los tales agentes produzcan, como no sean los obreros que, en sus innúmeras manifestaciones, cooperan, con sus esfuerzos físicos é intelectuales, á los augustos fines de la producción general.

Esa remuneración que de las fuerzas naturales y por ende *gratuitas*, latentes en toda propiedad territorial explotable, creen tener legítimo derecho á exigir los propietarios de la tierra á los esquilados arrendadores y cultivadores de la misma, no es, ciertamente, una remuneración justa; porque todo, absolutamente todo lo que los agentes naturales producen, es, segura é indeclinablemente, la compensación bienhechora con que la Naturaleza, en sus sabios designios, premia las fatigas y desvelos del obrero, elemento sublime del trabajo, para hacer perdurable su existencia sobre la tierra. — Una de las teorías económicas que mayor éxito han alcanzado en el orden científico, respecto á la propiedad territorial, es, sin duda alguna, la de Ricardo, que divide las tierras en tres clases para explicar lo que denomina *renta de la tierra*.

El ingenioso Ricardo, dice así, poco más ó menos: — Existen *tres clases de tierras*; se ocupan las de primera clase, cuando ya no queda ninguna de éstas, se ocupan las de segunda y después las de tercera; y la diferencia que existe entre la producción que se obtiene en cada una de esas tres clases de tierra cultivable, empleando, desde luego, en todas ellas idéntica cantidad de trabajo, es la *renta natural de la tierra*.

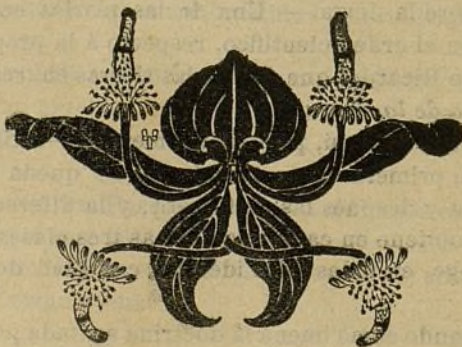
Ahora bien; aceptando como buena la doctrina sentada por el caviloso Ricardo respecto á la renta legítima de la propiedad territorial, de élla se deriva la conclusión tan lógica, como justa é indeclinable, de que, si como el sabio economista afirma, la diferencia que existe entre la producción que se obtiene en la tierra de

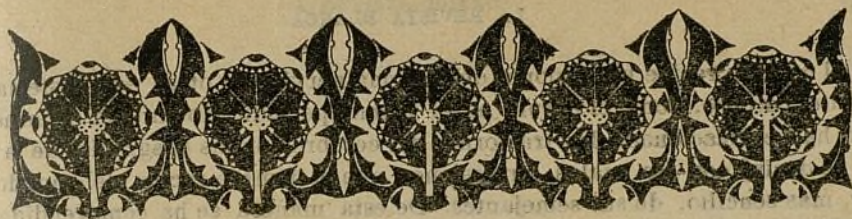
primera clase, comparada con la obtenida en la de tercera, empleando, al efecto, en ambas los mismos sacrificios de trabajo, *es la renta natural de la tierra*, siendo la tierra un agente natural y, por tanto, gratuito, la renta de la tierra no tiene razón de ser.

Este nuestro modo de razonar, es la consecuencia natural y precisa, desprendida de los principios consagrados por la moderna ciencia económica. — Siendo los agentes naturales factores gratuitos de producción universal, privativamente y sin esfuerzo corporal apreciable, nadie tiene derecho á explotar sus fuerzas creadoras imponiendo tributos onerosos á los cultivadores de la tierra. — La propiedad territorial (como todas las demás formas de propiedad existentes), debe, por tanto, mancomunarse para los sublimes efectos de su universalización bienhechora, pues que en ella latén fuerzas y potencias universales que no nos es lícito á los hombres acaparar, individual y privativamente, en nuestra beneficiación exclusiva. — La unificación de la propiedad territorial, el bendito usufructo por las colectividades productoras—emancipadas de toda tutela y aminosidad patronal ó gubernamental—de todos los grandes medios de producción y riqueza, traerá consigo aparejada la venturosa égida del socialismo, y con ella la redentora rehabilitación de la Humanidad.

Así lo esperamos; y con la inquebrantable fé de los que se nutren con las sabias enseñanzas de la verdad científica, esgrimiendo habilmente las bien templadas armas de la dialéctica, seguiremos impertérritos nuestra obra de emancipación y progreso, discutiendo antinomias y sacando á plaza todos los enormes efugios políticos, económicos y religiosos, fraguados por los *sabios* sostenedores del régimen imperante, hasta conseguir que del tenebroso caos de errores é injusticias sociales en que nos agitamos con espasmos de muerte, surjan refulgentísimos los argentados nimbos de la redentora verdad.

DONATO LUBEN.





CIENCIA Y ARTE

CIENCIA Y SOCIALISMO

Mis compañeros de profesión hanme criticado más de una vez por emplear lenguaje tan vulgar y llano en mis trabajos periodísticos profesionales.

No soy yo la primera víctima de semejantes malquerencias, ni seré la última probablemente.

De la ciencia del sabio Raspall dudaron sus contemporáneos porque desdeñaba el tecnicismo profesional. De mí, sin ser un Raspall, se ha dicho cosa semejante. Aquél fué un benefactor de la humanidad. Si dentro de la ciencia y de la sociología pudiera ser yo la mitad de lo que Raspall fué daría mi labor por muy bien empleada y consideraría á mis críticos como concurrencia indispensable al mercado de las debilidades humanas.

Escribo, no precisamente para los médicos, sino para los hombres y he de usar el lenguaje que los hombres entiendan, si quiero que mis trabajos aprovechen.

De otro modo la lectura fastidia á los lectores por no entenderla ó por obligarles á la fatigosa tarea de hojear diccionarios, muy útiles en casos particulares y concretos, pero muy pesados cuando de ellos se hace un auxiliar impertinente.

Heme propuesto, pues, que el lector me entienda sin esfuerzo alguno convencido de que en la sencillez y claridad está la perfección del lenguaje, por más que otra cosa digan cuatro amanerados que fundan su reputación y su saber en escribir palabras ininteligibles para las personas no iniciadas *cundo menos*. Si no puede ser más claro, ha de escribirse tal como se habla.

Este es el método que me he trazado en literatura y que seguiré así lluevan cientos de críticos partidarios de la *afectación escrita*.

Y vamos á lo que importa. La ciencia, que tiene por objeto la curación de las enfermedades mentales, ha hecho muchos progresos de unos cuantos años á esta parte, sobretudo en el modo de tratar á los enfermos. En bien de la humanidad doliente, los honorables médicos que de estas cosas tratan, han venido á comprender que las enfermedades del cerebro tienen su causa principal en el sistema nervioso del que el cerebro es receptor unas veces y otras motor, esto es, unas

veces el cerebro recibe impresiones del sistema nervioso y otras este sistema los recibe del cerebro. Como el nervio es el primer perjudicado en toda enfermedad moral, hanse relacionado los trastornos del cerebro con las desgracias de la persona, es decir, con las malas impresiones que el hombre recibe del mundo exterior, más sencillio, de sus semejantes. De esta manera se ha comprendido que todo tratamiento benéfico había de calmar las excitaciones nerviosas y, por consiguiente, beneficiar al órgano que había de recibir aquella excitación. Creo que el pensamiento está claro y que todo el mundo es capaz de comprenderlo.

Lo que habrían de comprender ahora los médicos alienistas, es que la causa única y absoluta de toda locura, arranca de las malas condiciones sociales, y en beneficio de sus propios locos y de los futuros, habrían de escribir memorias que tendieran á demostrar que así como un tratamiento benévolo, amable, paternal es parte á que muchos locos recobren la cordura, cambiando la sociedad en sentido, benévolo, amable y paternal, es decir, sacándola de este medio que obliga al hombre á ser un enemigo del hombre, se evitaría que viniera la locura, sino de golpe y porrazo, porque no se podría evitar en absoluto que se manifestaran los gérmenes hoy en actividad, se alcanzaría que éstos desaparecieran andando el tiempo y que no se crearan de nuevos.

Sea cual fuere el órgano que estuviese en continua excitación, se malpararía á la corta y el organismo humano está de tal modo organizado, que ni todo ni en parte puede trabajar perpétuamente. Si esto fuera posible, que no lo es por impedirlo, no ya el equilibrio orgánico, sino el dolor irresistible que experimentaríamos, nuestros órganos perderían la propiedad de contraerse, es decir, de funcionar.

Pues bien; ahora se presenta la sociología y dice á la ciencia: Luego, si los defectos sociales se traducen en dolores continuos que excitan á los nervios más de lo que pueden resistir, no ya los nervios mismos, sino el cerebro, su receptor, la locura, esto es, la paralización del cerebro, no es más que la consecuencia de un defecto social.

¿Qué puede responder la ciencia á esta observación de la sociología? Pues ha de darle la razón.

Parte muy principal de la locura proviene de desarreglos nerviosos de los que son motivo las dolencias morales, el histerismo, la neurostenia y todas aquellas enfermedades que componen el decálogo de la degeneración de nuestra especie, unos por falta de alimento, otros por sobra de fatiga, los demás por sujetar al organismo á una quietud perjudicial á la vida regular de los seres.

No se necesita ser muy lince para comprender que todas estas deficiencias orgánicas resultan de deficiencias sociales. De manera, que los que no quieren reformar la sociedad en sentido libertario é igualitario, por creer que lo impiden ciertos actos del individuo, que, cuando tienen la raíz más honda, provienen de causas patológicas como hemos demostrado, hubieran de caer en la cuenta que precisamente reformando la sociedad, no se darían los hechos que según ellos la hacen irreformable.

Y cuando la cuestión llega á este terreno hase convertido de social y científica en cuestión de sentido común. Y es que amenudo se confunden los efectos con las causas.

Ya iremos viendo como la locura que proviene del choque entre las pasiones y

las preocupaciones, es decir, de la coacción que la moral hace con el organismo humano, son también efectos sociales.

DOCTOR BOUDÍN

FISIOLOGÍA

La médula espinal parece formada por la unión de todos los nervios del tronco y de los miembros. Tiene la forma de un cordón grueso blanco, en el que terminan, tanto los nervios unitivos como los motores y que se continúan en el cerebro, del cual es en cierto modo, una prolongación.

Dos sustancias entran en su composición, una blanca como el tejido de los nervios, otra presenta una coloración gris.

La *sustancia blanca* forma las capas exteriores de la médula. Presenta la misma estructura elemental que los nervios y ofrece las mismas propiedades conductoras que estos órganos; pero, estando formado por fibras nerviosas sensitivas y por fibras motoras, tienen propiedades mixtas; su región posterior es conductora de las impresiones sensitivas, mientras que su región anterior transmite las excitaciones motoras.

La médula, por su sustancia blanca, en nada difiere de los nervios. Si se hace en ella una sección transversal se suprimen los movimientos voluntarios en todos los músculos que reciben sus nervios de la parte situada debajo de la unión. Si, por el contrario, se pellizca fuertemente ó se electriza á los cordones anteriores, se provocan contracciones involuntarias en los músculos que reciben su inervación de los puntos sobre los cuales tiene lugar la excitación.

La *sustancia gris* hace de la médula un centro nervioso, es decir, un órgano capaz, no solamente de conducir una excitación motora, sino también de provocar espontáneamente un movimiento en el sistema muscular. Está formado por células aproximadamente esféricas, las cuales presentan prolongaciones filamentosas, que ponen en comunicación á unas con otras y que las enlazan anatómicamente y fisiológicamente con los tubos nerviosos motores y sensitivos, cuando se la encuentra en un punto del sistema nervioso, se puede estar seguro de que esta región está dotada de una potencia propia y de que no depende de ninguna otra.

El poder propio de la médula espinal se revela por la facultad que tiene de provocar excitaciones motoras en los músculos, sin auxilio del cerebro y sin el mandato de la voluntad.

Los animales decapitados pueden hacer movimientos espontáneos con tal de que su médula esté intacta.

Un pato, al que se acaba de cortar la cabeza, aletea y aun puede andar algunos pasos.

En el cuerpo de un hombre recién decapitado, si se pellizca con fuerza el brazo ó la pierna, se contraen estos miembros como si el muerto sintiese la impresión sufrida por la piel y tratase de sustraerse á ella.

Todos estos movimientos tienen la apariencia de movimientos voluntarios; son

sin embargo, involuntarios é inconscientes como todos los que se ejecutan sin el concurso del cerebro.

De los ejercicios corporales, multitud de movimientos pueden llegar á ser automáticos por el hábito, y sucede que, durante su ejecución, la voluntad puede ocuparse en otra cosa, sin preocuparse de la acción de los músculos. La médula espinal preside entonces esos movimientos fuera de toda intervención del cerebro.

Ya tendremos ocasión al hablar de las aplicaciones terapéuticas del ejercicio, de sacar partido de las nociones sumarias que acabamos de exponer; haremos notar la importancia que para el hombre recargado de trabajo cerebral tiene que buscar preferentemente los ejercicios automáticos, que no exigen la intervención de la cabeza.

La médula espinal puede en muchos casos, gracias á su poder automotor, suplir el cerebro, y dirigir por sí sola movimientos muy complicados. Pero ni integridad absoluta es necesaria para cumplir los movimientos automáticos ó reflejos. Si se introduce un estilete en el canal vertebral de una rana, á poco de decapitarla, se anula completamente su poder reflejo, á causa de la destrucción de la médula desgarrada por el instrumento. El animal pierde instantáneamente toda facultad de recobrar en presencia de un agente que ponga en juego la sensibilidad de la piel; no se puede obtener movimientos de sus miembros más que excitando directamente los músculos ó sus nervios motores.

*
* *

El cerebro tiene la forma de una masa redondeada, gris y blanda. Está compuesta, como la médula espinal, de sustancia blanca y de sustancia gris, y contiene también tubos nerviosos y células. Pero á la inversa de lo que se observa en la médula, la sustancia gris ocupa la periferia, la corteza del cerebro, mientras que la sustancia blanca se encuentra en el centro. Además, en el espesor de la sustancia blanca se encuentran núcleos importantes de tejido gris, indicando la presencia, en ciertas regiones cerebrales del órgano, de células nerviosas, focos de actividad propia.

En el cerebro, como en la médula, la sustancia blanca, es la conductora de las excitaciones recibidas, mientras que el poder de omitir espontáneamente excitaciones motoras está reservado á ciertas células de la sustancia gris.

La sustancia gris del cerebro, como la de la médula, puede manifestar su actividad propia por efectos reflejos. En el cerebro nacen nervios motores y nervios sensitivos, y una impresión sensitiva puede dar lugar á un movimiento reflejo en los músculos, animados por los nervios craneales. Por esto, en un animal recién decapitado, una gota de vinagre aplicada en la superficie del ojo provoca un cierre de los párpados.

El cerebro, es pues, como la médula espinal, un centro de motilidad refleja; pero es además un centro de motilidad voluntaria.

Esta es, desde el punto de vista de los movimientos, la característica del cerebro, quitándole todo acto muscular voluntario desaparece con él.

Pero no es necesario quitar totalmente el cerebro, para privar á un animal de la facultad de manifestar su voluntad por actos conscientes; sino destruir totalmente la sustancia gris, porque en el uso de esta sustancia es donde se elaboran

las excitaciones voluntarias, cuya esencia nos es, *hasta el presente*, desconocida. Se ha llegado á conservar vivos, perros privados de esta parte del cerebro y se ha podido adquirir la seguridad de que todos sus movimientos son entonces actos reflejos, ordenados por las impresiones del medio en que viven y dirigidos por el hábito. No se mueven más que por *automatismo*.

El cerebro tiene, como la médula espinal y los nervios motores, la propiedad de transmitir las excitaciones mecánicas ó eléctricas que recibe. Pero es fácil preveer los efectos que producirá sobre los órganos del movimiento la excitación de un nervio, porque se sabe bien en qué músculos precisamente se distribuye; mientras que es amenudo difícil precisar el efecto de una excitación motora sobre el cerebro. No siempre se sabe con efecto, á qué grupo de músculos corresponden las fibras nerviosas, sobre que obra la acción del escitante que se emplea. De aquí los resultados, con frecuencia inesperados, y algunas veces tan extraños, de las heridas en el cerebro.

Se ve algunas veces, en la caza, animales heridos que ejecutan movimientos singulares.

La perdiz por ejemplo, cuando tiene perforada de un perdigón ciertas regiones del cráneo, se eleva á gran altura, en línea recta y luego cae muerta.

Nosotros tuvimos un día ocasión de observar una liebre herida, dando vueltas sobre sí con una gran rapidez. El movimiento se hace alrededor del eje longitudinal de su cuerpo, es decir, que el animal parecía moverse alrededor de un eje rígido que la hubiera atravesado de la cabeza á la cola.

Estos movimientos están aún mal explicados en fisiología; pero prueban al menos que una excitación en un punto muy localizado del cerebro puede provocar contracciones en muchos grupos musculares á la vez.

Porque, á consecuencia de una curiosa disposición anatómica, gran número de fibras nerviosas que irradian hácia músculos diferentes, pueden emanar de un mismo departamento muy circunscrito de la sustancia cerebral. De este modo, una excitación que obra sobre una superficie muy pequeña del órgano, puede ser transmitida simultáneamente á muchos grupos de músculos, del mismo modo que, con auxilio de comunicaciones múltiples establecidas por una red de hilos, un solo botón puede poner en acción á un tiempo mismo, muchos timbres eléctricos.

En 1874, Mr. Perrier hizo ver que, electrizando ciertas circunvalaciones cerebrales, se provocan movimientos, sea en los ojos, sea en la lengua, sea en el cuello del animal sujeto al experimento. Da el nombre de *centros motores* á aquellos puntos del cerebro en los cuales parece venir á encontrarse toda una serie de fibras nerviosas, motores correspondientes á grupos musculares bien determinados, y algunas veces muy extensos.

¿Por qué mecanismo una orden de la voluntad se trasmite al músculo á través de las fibras conductoras del cerebro, de la médula espinal y de los nervios?

Le admite hoy que la *volición*, ó sea la acción de la voluntad, produce un movimiento de las células de la sustancia gris y que este movimiento, ganando uno por uno los filamentos nerviosos, va á comunicarse por su mediación á las fibras del músculo.

Este movimiento ha sido comparado á la ondulación que se produce en la superficie del agua tranquila y que poco á poco lo invade todo desde el momento en que recibe un choque un sólo punto de la masa.

La producción de un movimiento ondulatorio no ha podido ser materialmente demostrada en la sustancia del cerebro ni en la médula ni en los nervios; queda en estado de hipótesis muy probable.

Por el contrario se ha podido observar sobre músculos todavía vivos, que en los puntos en que se les excita se forman salientes ó nudosidades, que corren enseguida á lo largo de todo el músculo como una onda en la superficie del agua.

Cada excitación sufrida por el músculo produce en este órgano una *sacudida* que se traduce en onda muscular. Si las excitaciones se suceden rápidamente, puede acontecer que la primera ondulación dure todavía en el momento en que se produce la segunda. Se ve entonces á los dos abultamientos correr uno en pos del otro sobre el músculo excitado. Pero si las excitaciones se repiten con gran velocidad, hay una fusión entre las hondas musculares que se confunden en un sólo abultamiento que ocupa todo el músculo. Este se encuentra entonces uniformemente hinchado y acortado; está en contracción.

Entre el momento en que la voluntad manda una contracción y el momento en que el músculo se contrae, pasa siempre un tiempo apreciable. Este tiempo está ocupado por diversos actos fisiológicos y, en primer lugar, por la transmisión de la transmisión de la fibración nerviosa. El movimiento que parte de las células cerebrales no llega instantáneamente al músculo.

Tiene que atravesar primero las fibras de la sustancia blanca del cerebro, después la médula espinal y por último, toda la longitud del cordón nervioso que lo trasmite á la fibra muscular. La longitud de este trayecto puede evaluarse en centímetros, y se sabe, por los experimentos de Helmholtz, que la fibración nerviosa se propaga con una velocidad de 35 metros próximamente, por segundo. Es fácil, pues, calcular, sobre estos datos, cuantas centésimas de segundo deberán transcurrir, por ejemplo, entre el momento en que un hombre *quiere* hacer la flexión de un pié y el momento en que el pié hace esta flexión.

Pero si se hace exactamente este cálculo y se quiere comparar sus resultados con los que da la observación directa, se nota un retraso en la contracción del músculo. Un intervalo apreciable separa el instante en que el llamamiento de la voluntad llega al músculo y el instante en que éste responde por un movimiento.

Este periodo, durante el cual el músculo ya excitado no ha entrado todavía en contracción, se llama *tiempo perdido ó periodo de contracción latente*.

El periodo de contracción latente no siempre presenta la misma duración. Muchas circunstancias pueden hacerla variar; pero la intensidad de la excitación recibida por el músculo es la condición más eficaz para abreviar el tiempo perdido.

A una excitación débil el músculo obedece lenta y perezosamente; á un choque energético, rinde por el contrario una excitación pronta.

Es una ley fisiológica establecida por Helmholtz que *la duración del tiempo perdido está en razón inversa de la intensidad de la excitación recibida por el músculo*.

En cuanto á la voluntad ordena á esta la acción, él obedece tanto más pronto, cuanto mandato se traduce por una sacudida más violenta de la sustancia nerviosa.

Veremos más tarde el partido que puede sacarse de estos datos fisiológicos para explicar la gran pérdida de fuerza nerviosa ocasionada por ciertos ejercicios

que además sólo representa un mediano gasto de energía muscular, pero que exigen la obediencia espontánea de los músculos á la orden de la voluntad.

DR. FERNANDO LAGRANGE

Traducción de

RICARDO RUBIO

CUENTOS DE AMOR

II

Tenía necesidad de tomar baños, pero mi bolsillo no permitía satisfacerla. Pensé ir á Gijón aprovechando uno de esos trenes baratos en los cuales se coloca á los viajeros como si fuesen borregos. El viaje era en extremo fastidioso y era cuestión de pensarlo mucho antes de emprenderlo; pero no tuve otro remedio, y á las seis de la tarde de un día del pasado Julio entraba en un coche de tercera. Ya dentro no pude sentarme. Las maletas, los lios y las personas lo ocupaban todo. Detrás de mí subió una joven sirvienta. Los de la misma clase le armaron una bronca fenomenal para convencerla de que en el coche no cabía un pelo más. Como la joven había corrido varios, todos más *imposibles*, aguantó la tormenta lo mejor que pudo.

Llenábamos el departamento cuatro industriales de Madrid, tres sirvientas, dos labradores castellanos con tres hijos de corta edad, la indumentaria correspondiente y un servidor de ustedes. En el departamento de la derecha no había por donde meter un alfiler. Abundaban las sirvientas. Las señoras venían en el exprés; Si hubiesen oído lo que decían sus domésticas:

— «Llévale las cartas á casa de su amante con este calor y tan lejos, para pagar después de manera tan ingrata.

— »Con la cuarta parte de lo que ha gastado en perifollos y coloretos me hubiera evitado ir en esta carreta tantas horas y sola.»

— Lo que es sola, no.

— Mejor hubiera sido. La hija de Manuel Gómez no merecía ser tratada así, ni perdona haberlo sido.

La que así se expresaba era una joven morena de bastantes carnes, casi guapa, graciosa del todo y montañesa por más señas. Accionaba con un desparpajo de niña traviesa, posaba con singular insistencia sus grandes ojos sobre el rostro de los viajeros y no se asustaba ni temía ser el blanco de todas las miradas.

— Si las sirvientas no tenemos vergüenza. Sufrimos cualquier desplante de las señoras, *nos ocupan en encargos que son del caso*, diariamente mentimos cien veces para sacarles de apuros y cuando llega la hora de demostrarnos aprecio se acuerdan de nosotras para meternos en una perrera como esa.

— Mira Valentina, séparate de la ventana que con este enfado calientas el poco aire que entra.

— Paréceme que tiene V. ganas de armar *camorra* tía Rosario.

— De lo que tengo ganas es de fresco.

El tren salió de Madrid, la tía Rosario tuvo fresco y el ruido del monstruo hizo

callar á Valentina. Aquella solución satisfizo á todos al parecer; pero no á mí que gozaba oyendo la voz argentina de muchacha tan habladora y vivaracha.

Cruzábamos con velocidad de tortuga los áridos llanos de Castilla. Los coches se aligeraron algún tanto. De nuestro departamento bajaron los labradores y sus hijos. Se escondía el sol. Las más potentes estrellas empezaron á guiñarnos el ojo. Se abrieron maletas, se deshicieron líos, se sacaron cacharros, cachivaches y se cenó. A la media hora tendidos ó recostados eran pocos los que no hicieron esfuerzos para entregarse en brazos de Morfeo aunque contados lo consiguieran.

Valentina apoyó la cabeza sobre la barrera de manera que dividía su departamento del mío. Su aliento rozaba mi cuello. Pensé pasar el viaje charlando con aquella graciosa morena en cuyo cuerpo la naturaleza supo aprovechar perfectamente dieciocho años. Abultadísimo seno, caderas muy pronunciadas, alta y robusta. Esto, acompañado de un desparpajo mezcla de inocencia y de atrevimiento, inspiraba simpatía. Esperaba que abriera los ojos para dirigirle la palabra y no los abría. Estuve para despertarla á besos. A ello convidaba los labios entreabiertos que tenía tan cerca de mí. ¿Cómo lo tomaría Valentina?

Me parecía franca y apropiado para inspirarme un cuento. Ya que no despertaba le hice al oído el ruido de un beso. Cualquiera otra manera de despertarla me hubiera parecido indigna. La muchacha abrió sus grandes ojos y los fijó en mí del modo indeterminado y persistente que acostumbraba.

— ¿Tiene V. sueño?

— No señor; me aburro.

— ¿Quiere V. platicar un ratito conmigo?

— Si la plática es de ley.

— ¿Hago yo cara de mala?

— No señor.

— Pues...

— Como los hombres son tan atrevidos.

— ¡Los hombres, los hombres! ¿Por qué calificarlos todos de igual manera?

— ¡Ay, que genio tiene V.! No se incomode. Es la costumbre.

— ¿A dónde se dirige V.?

— A Santander.

— ¿Viajaremos mucho tiempo juntos?

— Eso según dónde vaya V.

— A Gijón.

— Hasta las nueve de la mañana.

— Doce horas ¡Qué pocas!.

— ¿Qué ha de importarle á V. viajar conmigo más ó menos tiempo?

— No sé lo que ha de importarme; quisiera, sí, que este viaje no tuviera fin. Ya que lo ha de tener no cese V. de hablar que gozo inmensamente oyendo su charla graciosa.

— Si no me acordara del susto que hace un momento me dió le diría...

— ¿Que soy como los demás hombres? Pues no me lo diga V. que sería injusto conmigo.

— Presenta los mismos caracteres.

— ¿Ha tenido V. relaciones íntimas con muchos hombres?

— ¿Íntimas? Íntimas de verdad con ninguno.

Y después como si hablara consigo misma continuó diciendo :

Hombre, quisiera yo que mi novia de nadie hubiese sido.

— ¿Por qué no quererlo de los hombres, siendo mujer?

La pregunta debió parecerle sumamente extraordinaria. Quedó un momento pensativa y después alegre, como si hubiese dado con la solución de un gran problema, replicó :

— Ellos no tocan malas consecuencias ni ciertas faltas les dejan huellas.

Adiviné un temor y una preocupación. La preocupación de creerse inferior al hombre y el temor de que trascendiera al público los resultados de unas relaciones demasiado íntimas. Valentina podía ser virgen á pesar de su desahogo. Para mis propósitos poco importaba que lo fuese ó dejase de serlo.

— Pero bien, V. tendrá sus ilusiones, habrá soñado con un gentil mozo. No hay joven de dieciocho años sin castillos de amor.

— Pues créalo V., por nadie suspiro ni nadie suspira por mí.

La frase era muy de mujer, pero Valentina no podía esperar me enamorara y la creí.

— Lo siento por V. Todo el tiempo que pase sin amar es tiempo que pierda la dicha. ¿No ha notado si su corazón latía con más violencia que de costumbre á la vista de un arrogante mancebo? ¿No ha anhelado caricias de una mano amorosa?

Valentina se turbó, se puso grave. Pensó un momento. Supuse yo si pensaría engañarme ó decirme la verdad.

— Por qué me pregunta V. estas cosas? exclamó al fin.

— Porque siento simpatía por V. y quisiera que fuese V. dichosa. La dicha del amor es la única verdadera.

— Pues bien; también yo siento simpatía por V. No amo, he amado.

— Cuénteme V...

— Mucho quiere V. saber. Estuvo un momento indecisa y dijo :

En la aldea había un muchacho de mi edad; 12 años tenía yo cuando esto pasaba. Nos buscábamos siempre. A todas horas juntos nos encontraban. Solo frases cariñosas componía nuestro vocabulario. Jugábamos á novios. Nos besábamos sin saber por qué. Así crecimos. Al poco tiempo me sentí mujer. Ya mi mano estrechaba la de Juanito con una suavidad y una ternura hasta entonces desconocida. Me sentaba sobre sus rodillas. Le ceñía el cuello con mis brazos. No me satisfacían los besos en la mejilla, le besaba en la boca y hubiera muerto besando. Un fuego interno abrasábame el corazón y para apagarlo estrechaba fuertemente mi pecho contra el de Juanito. Antes poco me importaba que la gente me viera; después huía de ella. Llevaba á Juanito por montes y hondonadas, senderos y parajes solitarios. En ellos y cuando nadie nos veía cojía las manos del objeto amado y lo besaba en la boca, en los ojos, en cualquiera parte. Excitación extraña se apoderaba de mí. Juanito no ponía reparos á mis *travesuras*, pero no correspondía á ellas. Me miraba tranquilamente con ojos de niño, me pasaba dulcemente sus manos sobre las mías y nada más. Aquellas excursiones me perjudicaron. Me puse mala; no pudimos realizarlas durante algunas semanas. Diariamente venía él á verme. Casi restablecida me propuso reanudáramos nuestros paseos. Me lo dijo mirándome como jamás me había mirado. Su mano se aventuró á tocar mi pecho. Me turbé y no quise prometérselo sin pedir permiso á mis padres. ¿Qué sentía en mí que adiviné en él, que pedí permiso para realizar un acto que

había realizado cien veces? Mi madre me enteró de que el médico había prohibido paseara con Juanito. Se lo dije y lloró mucho, lo mismo hice yo.

A los pocos días salía para Madrid y no he vuelto á la aldea. Pasado mañana pienso visitarla; está cerca de Santander.

— ¿Y Juanito?

— Pídiome relaciones por escrito y obtuvo contestación afirmativa. Las pidió á mi padre. Nos escribimos unos cuantos meses. Después tuvo él una cuestión con el autor de mis días y se me prohibió cultivara aquel cariño.

— Pero V. continuará amando á su Juanito contra el parecer de todos los padres y contra todos los obstáculos.

— Cuatro años hace que no le ví y el tiempo no pasa en vano. No siento por el amor que sentí. Ahora ha de ir al servicio militar y además ha puesto los ojos en mí un camarero de Madrid y ya sabe V. que los camareros ganan buenos cuartos.

Lancé yo una maldición terrible, Valentina se levantó asustada; los viajeros que dormían despertaron creyendo que yo había abusado de la oscuridad de mi túnel.

Otra sirvienta, celosa por que nadie le había dicho, buenos ojos tienes morena, dijo, con mal reprimido despecho.

— Paréceme que este viaje tendrá consecuencia.

Valentina, comprendiendo mi situación difícil y adivinando las malas intenciones de los demás exclamó.

— Señores, lo cierto es que no se perdería por mí. Y cerrando los ojos inclinó su cabeza muy cerca de la mía.

Se volvió á dormir y algunos roncaban á los pocos momentos.

Yo maldecía. Maldecía la sociedad que había ganado la hermosa naturaleza de Valentina. «Los camareros ganan buenos cuartos.» Ante ellos ¡adiós amor! En la aldea no era calculista, no pensaba en el dinero. En la capital el roce con las señoras y con las amigas había engendrado el egoísmo. Pensó en el porvenir y el porvenir es del dinero, no del amor.

Quise regañarla. Levanté la cabeza y la vi dormida. Pensé despertar á Valentina con un beso, pero me pareció de él indigna. Aguardé á que abriera los ojos, pero no los abrió. Me pareció que estaba despierta y que anhelaba la despertara de la singular manera que antes lo hice. Luché un rato conmigo mismo; pero resolví no besarla. Hubiera besado á la niña tendida sobre el césped; jugando con novios con Juanito, anhelando besos más ardientes, abrazos más fuertes, caricias más intensas; pero no pude ofrecer mis labios á la que pensaba en un buen partido, en un casamiento social, no natural. Era una prostituta, había vendido su alma.

Cansada de esperar el beso, Valentina se levantó airada, yéndose á sentarse a otra parte.

Yo me dormí.

UN TRIMARDIEUR.



SECCIÓN LIBRE

EMILIO ZOLA

El gran novelista francés, con cuyo nombre encabezamos estas líneas, es objeto como todo el mundo sabe, de la más infame persecución por el poder de la espada, señoreado de las naciones pseudo civilizadas — de ilusiones — que envenena, atrofia, hiere y mata cuanto hay de noble y justo.

Zola, creyó ver una ligereza en el tribunal que condenó á Dreyfus y, publicó en su defensa, en *L'Aurore*, su famoso artículo: *Yo Acuso*

Condenado por él y anotando no pocas ligerezas también, ha seguido el su *Yo Acuso* y á este las condenas respectivas, que han alcanzado hasta su defensor Labori.

En el momento de escribir estas líneas, la prensa noticiara, nos dá la noticia con la fuerte afirmación de *se dice*, de que Zola, ha huído de Francia.

De ser cierto, lo cual nos alegraría, y no existiendo extradición para su delicto, á los cinco años, podría volver á su patria libremente.

Y Zola, volvería sin que pasara un día más, porque es demasiado francés.

Quien esto escribe, amante de la moderna sociología, prefiere como sociólogo á A. Hamon, de Zola, como respeto al patriotismo soy partidario de Johnson.

Zola, es el victima de su patria y aunque lo picasen, no diría que *es el último* de un malvado.

Zola, tendrá sus errores, sus prejuicios, pero dotado de amor grande á la verdad, combate toda injusticia ó que tal le parezca, cuéstele lo que le cueste.

En esto, defendió á Dreyfus, y por esto, — por su defensa — muchos lo tienen por judío, lo cual poco equivaldría ni nos importaría á los cosmopolitas, á los que pensamos con Johnson; más es francés como se verá por la breve biografía que le precede.

Nació en París en 1840. A los tres años, lo llevaron á Aix con su familia, volviendo después de quince años á la capital francesa.

Joven é inteligente, pero escaso de *metal*, falto del Dios-oro, penetró en la gran industria, centro de todas las magnificencias, sufriendo la época más triste de su vida.

La miseria lo detuvo, contempló el horizonte y allá á lo lejos, divisó que la Libertad, madre de todos los talentos, le abría los brazos atrayéndole fraternalmente.

Su candidez paralela de la de los campesinos franceses, le sonreía benévola, dibujándose en sus labios graciosamente.

Un joven, ignoraba el verdadero estado de la humanidad; la división de cla-

ses no le pasaba desapercibida, pero creía tener por base un plan de armonía universal. Presentósele la mujer rodeada de esa aureola de gracia é inocencia volutasas de que tanto alardea, ante su mirada de adolescente y así fué optimista amando las instituciones y costumbres establecidas.

Creyendo abrirse paso á través de los obstáculos que se le oponían á la realización de sus adorados ideales, escribió los *Cuentos á Ninon*, pero sus esfuerzos resultaron infructuosos. La sociedad continuaba en su marcha; los vicios, todos, se manifestaban con cínica pasmosidad.

La inmoralidad, sonreía tristemente cual madre prudente y amantísima, á sus hijos cloróticos y anémicos. La prostitución se extendía cínica y desvergonzada; ni el estupro y el incesto eran ya pecados. El adulterio revestía todos los caracteres de una institución católica.

El rompió con ira frenética el vientre de París y á la contemplación de sus vísceras, su cerebro, experimentó una de esas rápidas evoluciones que hacen de un publicista un idiota ó un escéptico, mordaz é indiferente.

Tanta degradación y miseria dió origen á *L'Assommoir*. Los literatos dieron la señal de alarma: *L'Assommoir* — decían — «es estiercol que hay que cojer con tenazas, un aborto monstruoso, una acción que merece galeras.»

Tal eran las exclamaciones de aquella sociedad hipócrita, al leer la fiel descripción de sus enervantes costumbres.

L'Assommoir, fué sin duda la obra que dió á Zola verdadera celebridad. Antes de su publicación, su nombre pasaba desapercibido entre los de muchos literatos mediocres; después, todos sus trabajos eran leídos con ansia voraz.

Así conquistó una popularidad muy envidiada, y no solo luchó con los literatos franceses, si que también con una valentía dantoniana contra la censura, ese verdugo del pensamiento humano.

Balzac fué el maestro de Zola y Musset, Flaubert y Taine, los escritores favoritos.

A su propio esfuerzo, á los penosos trabajos que ha realizado, debe el puesto que ocupa en la literatura contemporánea.

Sin críticos amigos y sin colaboradores, sufrió con resignación el peso de los trabajos y el fardo inmenso de calumnias injuriosas con que le propinó la crítica francesa.

Varias veces ha sido candidato á la Academia de la Lengua, y otras derrotado, no por sus escasos méritos ni por la superioridad de los del concurso, sino por la influencia.

Sus triunfos, como sus fracasos, conmovieron á París; pero él jamás se dejó impresionar por el silbido ni se conmovió ante el aplauso.

Siempre ha mirado con desprecio á esos críticos que censuran por sistema, ha dicho: que la crítica es la lección del maestro, pero no el brutal atropello de los fueros personales del escritor.

Por esto dice que *la crítica francesa no tiene inteligencia* y el fué por aquel tiempo el blanco de una turba de críticos improvisados que le agredían con el pido encarnizamiento.

Le llamaron el apóstol de la Commune en la literatura, cerdo literario y ataques personales como saco de vicios, hombre sin corazón, borracho, asqueroso etc. etc. «Esto — decía Zola — ya no es crítica, es un asesinato.»

Y ¿por qué todo? Porque, como dice Edmundo D'Amicis; «él lanzó al aire de puntapié todos los frasquitos del tocador literario y lavó con un estropajo de esparto, la cara pintarrachada de la verdad.»

París, veía descubiertas las asquerosidades todas, de sus entrañas y se estrechaba de vergüenza.

Veía con asombro aquel valiente anatómico que sin repugnancia alguna, proseguía intrépidamente descubriendo sus llagas intestinas.

Los libros de Zola, eran terremotos que caían sobre París amenazándole destruirle. No por esto, les consideramos como la *suprema verdad*, ni podemos hacerlo, militando en otra escuela, que juzgamos superior. Tienen en nuestro humilde entender *prejuicios á subsanar* pero esto no quita que sea un azote tremendo de la corrupción dominante, cuyos vicios, en gran parte, ha expuesto á la consideración universal.

Los literatos franceses, en su inmensa mayoría, arrojaban con ira sarcástica los libros de Zola, por que ¡eran un padrón de ignominias...!

Así pensaron sepultarle para siempre en esa Necrópolis de la literatura, llamada olvido. ¡Qué candidez! Porque Zola era superior á ellos; pertenecía á esa generación de escritores viriles que buscaban la verdad persiguiendo el vicio en todas sus manifestaciones y, triunfó sobre sus enemigos como anhelamos triunfe en su contienda actual en pro de la Justicia.

VICENTE GARCIA.

Haro, 7, 25, 98.

EL JESUITISMO

El espíritu liberal de nuestros tiempos repele continuamente la absorbente institución, cuyo nombre es el que encabeza estas líneas.

Puede decirse que desde su fundación por Ignacio de Loyola, hasta nuestros días es la única orden religiosa que ha sufrido verdaderas persecuciones, pues se ha visto expulsada de naciones eminentemente católicas como España y Francia, y en varias ocasiones los mismos Papas la han abolido. ¿Por qué ha sucedido esto con el jesuitismo! ¿Es que los pontífices y los reyes han temido que algún día no les diera que hacer, esa Sociedad que, hay que reconocer, procede con un orden y disciplina admirable, cuyos miembros desligados de los lazos amorosos de la familia natural, reconcentran todas sus aspiraciones, toda su inteligencia y todo cuanto valen y pueden á favor de esa otra *familia universal* que no tiene en su seno hijos pródigos, antes al contrario, se obligan todos á mirar por los intereses de la orden?

Esa institución invisible á veces, visible otras, con adeptos de ropa corta y de ropa larga, asisten al engrandecimiento de las naciones, á su bancarrota; auxilian los inventos de la ciencia, acaparan el comercio; mangonean á su sabor las inteligencias que ora por necesidad, ora por flaqueza de espíritu, ora por solapada hipocresía á ellos se entregan en cuerpo y alma.

Sabe el *general* de la orden que es imposible detener el progreso y distinta

esta institución religiosa de las otras, en vez de hacer esfuerzos para extinguirlo, emplea capitales, *sabiamente dirigidos* para empujarlo. Su objeto consiste en acumular fabulosas riquezas para conseguir su fin único: *dominar* al mundo.

Es tal y tan compacto el engranaje de que se compone la Sociedad, que difícilmente se les llegara á descubrir si la propia soberbia no los delatara. Sus gerentes en líneas férreas, en grandes almacenes, en cualesquiera explotación que se presente, con el *teje maneje* de desconocidos fondos pecuniarios, las más de las veces se denuncian ellos mismos.

Las situaciones financieras, la escasez de comestibles y artículos de primera necesidad, y como consecuencia inmediata la miseria de los pueblos casi siempre es obra suya. El objeto que persigue la Compañía es la *ganancia* para conseguir su fin el *dominio*, y experta ella y dueña de inmensas sumas, puede hacer frente á múltiples negocios, cuando la escasez verdadera existe, como tiene almacenados todos cuantos productos son necesarios, acapara entonces los mercados, y á exorbitantes precios cambia la mercancía. Siempre juega al *alza*, su termómetro nunca baja. No hay comerciante que con ella pueda competir. Esto en cuanto al comercio.

En política, gobierna las naciones á su antojo; la suerte de las instituciones depende de su actitud.

La efervescencia anti-semita de hace algunos meses, obra suya era. La *razzia* verificada en Cataluña el 96, obra suya también era. No hay que darle vueltas: el jesuitismo es el enemigo común de los liberales todos y enemigo mayor porque es desconocido.

La fuerza es potente y ni los propios gobiernos pueden contrarrestarla, antes al contrario, se ven dominados por ella y ejecutan lo que conviene á los intereses de la orden.

Si los liberales todos en compacto hoy no nos juntamos para acabar con esa Compañía, seremos arrollados irremisiblemente.

MARIANO VALCARCEL.

LO QUE SALGA

«El Nuevo Régimen», ó sea el Sr. Pí y Margall, duda que los Estados Unidos malparando sus tradiciones y su fama de pueblo *libertador*, haga suyas las antillas que fueron españolas. En favor de su creencia, contraria á la anexión, no apostaría el Sr. Pí doble contra sencillo á juzgar por las censuras que dirige á los norteamericanos, para el caso dudoso, al sentir del respetable jefe de los federales y sin duda para mí que la nación *por considerarla defensora de los pueblos oprimidos* se convirtiera en tirana y conquistadora á últimos de un siglo que cree ser algo porque si se mira al espejo lee en su frente *Civilización*, aunque la frase esté muy borrosa.

Mentira parece que el español de más sentido común, como le ha llamado Bonafoux, no se si en su batallador periódico «La Campaña» ó en algunas de sus innumerables crónicas que son el espanto de ciertos modernistas con vistas al mis-

ticismo y á otras cosas peores, sea capaz de creer que un Estado gobernado por régimen que *todavía es tiranía* y no poca, en donde la libertad se emplea para explotar hombres y no para exponer ideas, iba á gastar sus millones en bien de unos cuantos negritos y de otros tantos blancos *que no valen hoy* lo que la mitad de un terrón de azúcar

El gobierno de los Estados Unidos, como el de cualquiera otra parte, está en manos de cuatro charlatanes y aventureros sin más méritos que sus *dollars*, enriquecidos con el crédito ó descrédito de la nación, pues para ellos es lo mismo, jugando á la Bolsa y acumulando á capitales en estas ó aquellas acciones según pueden favorecerlas ó desfavorecerlas con sus actos, y si alguien cree que los norteamericanos están libres de esta plaga por descender de aquellos puritanos que se marcharon de Europa para poder ser más libres y más buenos y, sobre todo, por estar regidos por una república federal, bien puede decirseles, si este alguien es el Sr. Pi y Margall; el error de V. consiste en creer que la política es eso que V. hace y practica sin estar convencido, á pesar de sus años, que V. no es político. Es cosa más alta y más respetable.

Ni por su generosidad, ni por su espíritu de justicia pueden estar orgullosos los que representan á la nación norteamericana. Merecen estarlo por su riqueza y por sus adelantos materiales, no morales ni intelectuales. Hacen de la ciencia y de la libertad una cosa útil para enriquecerse y para explotar al prójimo. Y esto ni es elevado, ni da motivos para creerse superior al animal que tal practica, ni de él pueden esperar beneficios los pueblos oprimidos, á no ser que estos beneficios resulten del negocio que se persigue, y en este caso, ni merece alabanzas, ni admiraciones, ni da títulos que no tengan otros Estados.

¿Quién no creía que estos insurrectos cubanos que meses atrás merecían la beligerancia, que representaban la civilización americana, que por sus condiciones de cultura eran acreedores á la independencia y por ella obtenían el apoyo del Norte América, serían después incapaces de gobernarse libremente?

El que de tal cosa dudaba demuestra desconocer la raíz de la civilización actual y las condiciones que envuelven á los pueblos y á los individuos.

No son los Estados los que se sacrifican por las naciones; son las naciones mismas. Su Estado ni es generoso, ni tiene sentimiento ni tiene ideas.

¿De qué pueden ejemplarnos los norteamericanos? No conocen el sentimiento de la libertad, sí, la individualidad de ella, y la han establecido como han establecido el teléfono. Ni más ni menos. El sentimiento de la libertad fué ahorcado en Chicago. De la cultura y de la liberalidad de los patriotas norteamericanos pueden dar medida los españoles allí residentes. No tratan con menos saña ni con menos consideración á los perros rabiosos. Por espías han muerto á varios; aquí ni nos hemos preocupado de ello. Un norteamericano es una persona. Así se demuestra la cultura y el espíritu de los pueblos que, si no son, pueden ser algo.

Y cuenta que el que esto escribe es menos patriota que el Sr. Pi y Margall por poco que lo sea.

La libertad más que en los Códigos se encuentra en los espíritus.

Los Estados Unidos han vencido. ¿Vencieron por la idea? No, ni siquiera únicamente por sus cañones. El engaño y la falsía fueron sus armas mejores. Para nada se necesita aquí la superioridad. Los animales inferiores son astutos también.

Si querían la independencia de Cuba? por qué erizar otra bandera que no fuera la de la estrella solitaria?

Después de engañar á los españoles, han engañado á los revolucionarios cubanos. Primero se sirvieron de ellos contra nosotros; ahora se sirven de nosotros contra ellos. Esto será muy diplomático, pero no es noble, y la superioridad no se demuestra con astucia, sino con actos generosos. No pueden ser liberales quienes no son leales.

Mayores pruebas de perfección hubieran dado los norteamericanos pidiendo para ellos Cuba desde el principio, que haciendo ver querían la independencia cubana y quedarse después con las Antillas.

Así no hubieran logrado su intento, pero ahora han puesto en práctica aquello de que todos los medios son buenos si se conducen al fin, y maldita la superioridad que esto demuestra.

PABLO ABASCAL.



Mue
ventur
tiene la
que tod

Tod
tante a
tos qu
esforza
otros.

Con
comes
se el p
parte c
ancha
lagrim
broma

Re
manos
gre, n

El
somos
tagale
brute
gana
T



TRIBUNA DEL OBRERO

ENTRE AMIGAS

Mucho siento, querida Andrea, que después de lo que está pasando esta desventurada nación tengas aun ganas de divertirme. Ya sé que me dirás que quien tiene la culpa de todo también *procura* hacerlo; pero esa no es una razón para que todos lo hagan, pues el que falte uno no nos obliga á faltar á los demás.

Todas esas fiestas de barrio, todas esas verbenas en que has tomado parte bastante activa tú, huéleme muy mal; quizá porque no entra dentro mis sentimientos que cuando todos tendríamos que lamentar lo que está pasando, á una nos esforzamos en aparentar que no sentimos las desgracias que pesan sobre nosotros.

Como mujer de mi casa me preocupo muy mucho de que nos van subiendo los comestibles, cada día nos cargan nuevos impuestos y que no va á poder soportarse el peso de tantas gabelas. Por lo visto tú prefieres comprar papeles, lucir la parte que te toca de barrio y dejar que ruede la bola. Te lo confieso, no tengas tanta ancha la conciencia. No gusto de que parezcamos unas Magdalenas con la mar de lagrimones; pero, la verdad, tampoco puedo avenirme á que nos tomemos á broma lo que tanta sangre de la nuestra cuesta.

Reflexiona lo que te digo y verás que me sobra la razón. Cuando nuestros hermanos, nuestros hijos, nuestros maridos están derramando sangre de nuestra sangre, no está muy bien que nosotras bailemos y nos divirtamos.

El día que cese esa lucha fratricida, según la expresión cristiana de que «todos somos hijos de nuestro padre común y por consiguiente hermanos», lo mismo el tagalo que el blanco, ven y yo también te haré compañía á lucir. Lo que nos embrutece como la guerra debemos sentirlo tanto, que nos ha de privar de tener gana de divertirnos.

Tu inseparable amiga,

MARÍA RODRIGUEZ Y CLAVIJO.

CARTA ABIERTA

Sr. Director de LA REVISTA BLANCA.

Madrid.

Habiendo leído en su publicación página 59. «Carta misteriosa» y en nombre de la ciencia algunas afirmaciones que para su autor serán lo que él quiera y aun que respetando su modo de apreciar las cosas, permítame exponer mis dudas acerca de ellas.

Dice el autor P. G. que «La raza latina es la raza intelectual por excelencia es la raza bohemia, descuida su materia, su porvenir; la principal causa de su pobreza es su generosidad.»

«La raza anglo-sajona es calculista, no ve de las cosas más que la parte útil, combate por negocio, vive por negocio y el negocio es la base de todas sus relaciones.»

¿Qué hay de verdad en tales afirmaciones?

Yo lo confieso francamente, en mi concepto y aun adoptando la división de razas, hoy muy discutible ya por cierto, solo veo en ello lo siguiente:

- 1.º Una vana pretensión de nuestra raza.
- 2.º Una cuestión de tiempo, que el mismo tiempo se encargará de aclararla.
- 3.º Una cuestión ó influencia de clima, que la química solventa.

Si las afirmaciones de P. G. son ciertas destruyen las mías; y si por el contrario resultan ciertas las tres hipótesis que la cuestión de raza en este caso merece á mi buen entender, destruyen las afirmaciones de P. G. ¿Cuál de los dos tiene razón?....

Yo carezco de medios para abordar esta cuestión y probar mi acierto, pero vería con gusto, el que P. G. continuara su estudio para probar sus afirmaciones y si posible me fuere le ayudaría interrogándole en todas cuantas dudas me surgieran.

Por de pronto conteste si puede y gusta á las siguientes preguntas:

- 1.ª ¿En qué se funda para afirmar que la raza latina es más intelectual que la anglo-sajona?
- 2.ª Es propiedad de una raza intelectual, descuidar su materia y porvenir?
- 3.ª La generosidad de una raza, ¿puede ser causa de su pobreza?

Su atento y servidor de la verdad,

SEBASTIÁN SUÑÉ.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Oviedo: A. G. Recibi original y 8 pesetas que me entregó E. A. Envío los 18 números.—
Linares: L. C. Recibi carta y sobrante. Envío la suscripción. Gracias por sus buenas disposiciones.—*Galarza*: A. M. Recibi la suya con libranza de 6 pesetas. Estimo en lo que vale sus buenas disposiciones respecto La Revista y le agradezco el sacrificio.—*Arenys de Mar*: A. M. Aumenté pedido. No envié la suscripción suya y escribí. Gracias por todo.—*Barcelona*: T. C. Recibo importe trimestre. Escribí.—*Valladolid*: C. G. Recibi sobrante.—*Zaragoza*: M. P. Recibi 4 pesetas de paquetes y 10 de solidaridad. Gracias.—*Gibraltar*: N. G. Recibi libranza 8 pesetas. Aumenté paquete. Escribí.—*Algeciras*: A. D. Recibi dos libranzas de 12 y 11 pesetas respectivamente; 3 pesetas para La Revista y 20 de solidaridad. Gracias. Sérví la suscripción que indicaba a B. C. Pagada.—*Barcelona*: J. V. Recibi giro 1.º y 2.º número.—*Málaga*: Recibo libranza 23 pesetas que junto a las 850 que tengo de las dos suscripciones suspendidas. Queda pagado hasta el 4.º número. Entregadas a E. A. las 5 pesetas que indica y pagadas las dos nuevas suscripciones servidas. Con el aumento del paquete van todas las suscripciones. Le doy gracias por su molestia, pero así evitaremos las pérdidas de correos.—*Sevilla*: J. P. Aumenté pedido. Recibi libranza del 3.º número. Recibo de L. A. 23 pesetas solidaridad. Gracias.—*Gijón*: M. A. Recibi libranza aumenté pedido.—*Valencia*: A. L. Recibi dos libranzas de 16 y 12 pesetas por paquetes.—*Chafarinas*: E. C. Como F. U. se halla ausente no puedo contestar. Supongo que todo se arreglará.—*La Coruña*: J. S. Recibo importe 6 suscripciones y serviré pedido a L. P. Tengo para V. 6 pesetas de A. G., de Oviedo que ya le escribiré de que son.—*Vall de Uxó*: M. O. La Revista no publica versos. Condense sus pensamientos en prosa y la publicaremos.—*San Andrés de Palomar*: A. O. Recibi importe suscripción trimestre.—*Ódiz*: A. M. Recibi libranza de 2 pesetas importe de un paquete del primer número. Supongo recibí todos los pedidos con aumento de ejemplares.—*Garganta la Olla*: S. S. G. Recibi libranza de 5 pesetas. Queda pagada suscripción de un año.—*Tánger*: R. B. Aumenté pedido de todos los ejemplares salidos. Recibi libranza de 10 pesetas solidaridad. Gracias.—*San Felín de Guixols*: J. D. Recibi giro 50 pesetas de las cuales entregué 40 a *El Progreso* y la carta para que le atiendan. Las 10 pesetas restantes para La Revista. Aumenté pedido de todos los números salidos.—*Oviedo*: M. F. Recibi de *El Progreso* 3,20 pesetas de los ejemplares vendidos. Recibi sobrante 2.º número.—*Salamanca*: Recibi sobrante del 1.º y 2.º número.—*Alcoy*: L. F. Recibi sobrante del 1.º y 2.º número. Encuentro bien su disposición.—*Sestao*: A. G. Recibo 30 pesetas de solidaridad. Gracias. Escribí.—*Alhucemas*: Cambié nombre ¿se recibe ahora? U. se halla ausente y como las circunstancias son extraordinarias ya lo deberán publicar.—*Ronda*: J. L. Escribí.—*Carmona*: A. M. Recibi libranza anteriormente. Ahora aumenté pedido.—*Puerto de Santa María*: F. T. Recibi libranza. Queda pagada la suscripción suya y la de J. B. Servi la que indicaba a J. P. gracias por su actividad. Escribiré.—*La Palma*: M. de M. Recibi libranza de 4,50 pesetas. En el primer número hay un error, en lugar de decir 1,50 pesetas trimestre, dice un mes.—*Salcedo*: E. V. Recibi importe trimestre.—*Tijola*: F. L. Recibi importe semestre.—*Sallent*: F. C. Envié los números pedidos.—*Villanueva y Geltrú*: J. T. Idem. idem.—*Miranda de Ebro*: F. T. Idem. idem. *La Línea*: M. C. Recibi dos libranzas de 12 y 33,45 pesetas que distribuyo como indica, 16 pesetas por paquetes, 1 para E. A. y 23,45 solidaridad. Gracias. Aumenté pedido del 1.º 2.º y 3.º número. Va el 4.º con aumento.—*San Lúcar de Barrameda*: F. M. Envié números que indicaba don D. G. á quien agradezco su valioso apoyo.—*Barcelona*: J. Ll. Recibi 5 pesetas para su suscripción de un año. Nos felicitamos de tener tan buenos amigos.—*Palamós*: S. P. Recibi billete de 25 pesetas que distribuí como indicaba, 5 pesetas para *El Progreso*, 10 para *Blanco y Negro* y el resto para La Revista. Aumenté pedido de 1.º 2.º y 3.º número. Ultimamente envié 8 ejemplares 3.º número.—*Barcelona*: T. R. Servi suscripción pagada.—*Calonge*: J. P. Envío números. Escribiré.—*Oural*: A. D. Servi suscripción pedida.—*Tortosa*: Envié números. Con tan entusiastas defensores como J. R. todas las causas se ganan.—*Palafrugell*: D. C. Envié números y suscripción a L. C. á quien le doy las gracias por su atención.—*San Sebastián*: D. L. Envié suscripción pagada. Le agradecemos el que procure introducirla en esa región.—*Mazarrón*: J. E. Envié las tres suscripciones que se sirvió indicar.—*Palma*: A. V. Servi suscripción. Recibo libranza de 3 pesetas para pago de un semestre.—*Alcoy*: M. E. Servi los números que indicaba.—*Ferró*: S. de C. Recibi importe de un año de suscripción.—*Albuñol*: J. L. Servi suscripción que no cobré como indicaba por encontrarme con un triste acontecimiento, que debe V. saber ya y que deploramos.—*Valls*: S. C. Servi suscripción. Nos alegramos de la actividad que demuestra la suya. Reiteré nuestros recuerdos á M.—*Minas de Río Tinto*: Recibi libranza de 20 pesetas. Aumento pedido.—*Pobleda*: F. Ll. Servi la suscripción pedida.—*Sabadell*: C. J. Envié 100 números pedidos y 25 recibos.—*Buñol*: R. P. Envío paquete pedido.—*Ceuta*: M. C. Irá.—*Murcia*: C. B. Van los tres números.—*Tarragona*: M. B. Van los 5 números. Recibi sobrante.

COLABORACIÓN

DE

LA REVISTA BLANCA

D.^a Soledad Gustavo, profesora.

D. Pedro Dorado, catedrático.

Francisco Giner de los Rios, catedrático.

Juan Giné y Partagás, catedrático.

Leopoldo Alas (Clarín), catedrático.

U. González Serrano, catedrático.

José Esquerdo, catedrático.

Fernando Tarrida, ingeniero.

D. Manuel Cossio, director del Museo Pedagógico.

Alejandro Lerroux, periodista

Miguel de Unamuno, catedrático

Anselmo Lorenzo, escritor.

José Riquelme, periodista.

Ricardo Mella, escritor.

Adolfo Luna, periodista.

Jaime Brossa, escritor.

A. del Valle, escritor.

Doctor Boudin

José M.^a de Puelles, médico.

José Nakens.

LA REVISTA BLANCA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España, Portugal, Gibraltar y costas de Africa, un trimestre.	1'50 pesetas
» » » » » » » » » » » » un año.	5 —
Paquete de 12 ejemplares.	2'00 —
Un ejemplar.	0'25 —

Toda la correspondencia al Administrador.